**DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**JORNADA DE LOS POBRES**

**Parroquia de Santa María, La Bañeza, 19 de noviembre de 2017**

Se atribuye a Santa Teresa la frase que dice “Manos que no dais qué esperáis”. El egoísmo de las personas cierra todas puertas, todas las relaciones y posibilidades. El egoísmo destruye poco a poco la convivencia porque genera injusticias que son la base de la violencia y la destrucción. Las personas insolidarias no se dan cuenta que la vida puede dar muchas vueltas y algún día encontrase también en ellas en la necesidad de pedir ayuda. La generosidad, por el contrario, abre las puertas de las casas y el corazón de las personas. Sobre la generosidad de muchos se construye la justicia y la paz social, la felicidad y el desarrollo.

Comentando esta frase, Federico Mayor Zaragoza, ex Director de la UNESCO, dice que “Hay que trabajar incansablemente sin pedir nada a cambio. El voluntariado sigue siendo vocación universal. Solidaridad es dar y darse. Es vivir y sentir la alegría de la entrega”.

La Jornada Mundial de los Pobres instituida por el Papa Francisco tiene como principal objetivo recordarnos que nuestras manos cristianas no pueden estar cerradas sino abiertas para dar, acoger, abrazar al prójimo que pasa necesidad. En la primer lectura del Libro de los Proverbios hemos escuchado: “La mujer hacendosa… abre sus manos al necesitado y extiende el abrazo al pobre” (Prov. 31, 20)

¿Qué significa abrir la mano y abrazar al necesitado? Significa ante todo preocuparse de la situación que viven muchas personas que silenciosamente sufren el descarte económico, cultural y social. ¡Cuántas personas no pueden desarrollar sus talentos porque no han tenido oportunidades para hacerlo! La mano no se abre si no se abre también el corazón. Y el corazón se abre cuando está abierto al amor divino porque ha experimentado el inmenso amor con el que Dios ama cada ser humano. El Papa emérito, Benedicto XVI, nos lo ha explicado con claridad en la Encíclica *Dios es amor*: “Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un «mandamiento» externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor”.

Abrazar al necesitado es dar un paso más en nuestra apertura hacia el otro. Es unirme a él con todas las consecuencias. No abrazamos a los desconocidos sino a los conocidos, a los amigos. Abrazar al pobre significa no tener prevenciones hacia él sino acogerlo en nuestra vida para compartir y padecer con él los latigazos y las heridas que produce la pobreza material y espiritual.

Recuerdo que en mi última parroquia de San Nicolás de Bari en Avilés, después de la misa de la mañana desayunábamos juntos los colaboradores más inmediatos y los pobres que pedían a la puerta de la Iglesia. Se creaba un ambiente de fraternidad tan hermoso que todos los que participábamos salíamos rebosantes de alegría. Los pobres eran nuestros maestros de la vida porque escuchando sus experiencias nos ayudaron a descubrir cómo la maldad se ceba en las personas que, a veces, sin culpa ninguna tienen que sufrir desde la cuna hasta la tumba. Quien mejor aprendió la lección de los pobres fue un seminarista que me ayudaba en la parroquia y que hoy es un sacerdote entregado a la gente en una de las zonas más deprimidas de Asturias.

Esta dimensión de calor humano, de abrazo al pobre, es la que tenemos que fomentar los cristianos en las parroquias. Está bien que ayudemos con nuestro dinero para que nadie pase necesidad. Pero está mucho mejor que nos hagamos sus amigos y los tratemos como verdaderos hermanos. La evangelización no estará completa hasta que los pobres de la puerta de la Iglesia se sienten en los primeros bancos del templo porque, no olvidemos que de ellos es el Reino de los cielos.

Caritas insiste en el acompañamiento personal de las personas necesitadas. Las dependencias de Cáritas no pueden convertirse en un dispensario, en un supermercado de alimentos o en una oficina de empleo. Las dependencias de Cáritas han de ser el hogar de los pobres donde sientan el abrazo fraterno y la ternura de unas personas que teniendo a Dios como Padre, tienen a los demás como hermanos.

El Papa Francisco, en el Mensaje para este día nos insiste en que “Estamos llamados, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el círculo de soledad. Su mano extendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma”.

El trato con los necesitados nos hace valorar las cosas en su justa medida y vivir con lo necesario sin buscar lujos ni derrochar recursos porque nuestra memoria recuerda a nuestra conciencia que hay seres humanos que están pasando necesidad de aquello que nosotros acaparamos.

En la primera Jornada mundial de los pobres, tengamos, al menos un gesto de fraternidad y de encuentro con los pobres: con los que a diario nos encontramos en la puerta de la Iglesia o del supermercado y con aquellos vecinos que sabemos no lo están pasando bien ni material ni espiritualmente. Salgamos a su encuentro con la discreción y la ternura necesarias para ganarnos su amistad y poder ayudarles a desarrollar su talento y a integrarlos para que contribuyan al bien común de la sociedad.

La Virgen María, en su Misterio de la Asunción a los cielos nos ayude a abrir nuestras manos y abrazar a los necesitados para que los hambrientos sean colmados de bienes.

† Juan Antonio, obispo de Astorga